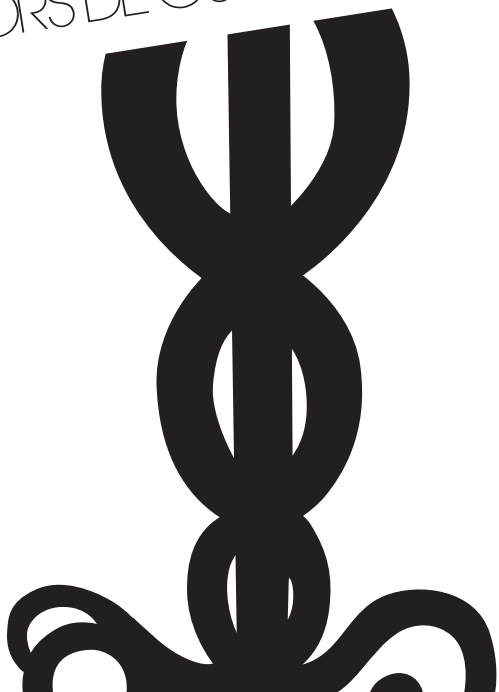




**PARACELSO**  
DOLORS DE GUAL



Título original: Paracelso  
Autora: Dolors de Gual

1ª edición: octubre 2007  
© 2007, Dolors de Gual  
© 2007, La Máquina China editorial  
41002 Sevilla  
[www.lamaquinachina.com](http://www.lamaquinachina.com)

Aquí encontrarás la esencia de **La Máquina China**; nuestros libros, en torno a los cuales giran los demás elementos que te proponemos en nuestra Comunidad: rutas, talleres, viajes, objetos.

**Diseño de cubierta:** [www.thedot.es](http://www.thedot.es)

Printed in Spain: Impreso en España  
ISBN: 978-84-933683-6-4  
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medio alguno, sin la previa autorización por escrito del editor.

# PARACELSO

Dolors de Gual

LA  
MÁQUINA  
CHINA  
editorial



A Carles, Adrià y Xavier; mis niños.

Para Pilar Barranco por su empuje y su maravillosa sonrisa.

Mi especial agradecimiento a Jesús Ávila Granados y a Miguel Álvarez Garós por la generosidad de sus palabras.

I a Eduard Rodríguez i Enrich, per les bones hores compartides parlant de llibres, de històries i de somnis. Gràcies amic, per ser i saber estar.

“Soy distinto; que ello no os extrañe”.  
Paracelso

## A modo de prólogo

Paracelso nace en Suiza, (1493) el año que podemos denominar de la expansión cósmica del pensamiento del hombre.

La revolución originada por Colón hace temblar todas las concepciones tanto físicas como filosóficas (e incluso las religiosas) que se tenían hasta ese momento.

El conocimiento de la forma de la Tierra, sus medidas, y su relación con el entorno astronómico, hacen que a partir de ese momento se proceda a un riguroso estudio del firmamento, desarrollando máquinas y relojes que nos permitan saber la longitud y latitud geográfica en todo momento, pues es necesario conocer donde se está una vez determinado el escenario.

Situándonos de esta forma en esa época e intentando trasladar nuestros ojos a los ojos de Paracelso, dilucidemos lo que su obra significó.

Como decían los antiguos podríamos definir a Paracelso como un viajero libre y de buenas costumbres; es decir, una

persona buena que aplica su saber al beneficio de los más necesitados y por ello ejerce de médico. Pero cuando nos adentramos en sus obras nos damos cuenta de la grandeza de su perfil polimórfico inabarcable. Podemos hablar de Paracelso el alquimista, o el filósofo, o el botánico, o el místico, o el astrólogo y así un largo etcétera.

Como hombre curioso, posee esa incansable extraña energía que tienen los buscadores de la verdad, lo que sería otra manera de definir a Paracelso.

He citado a conciencia “extraña energía” pues sería un término para resumir el pensamiento último que guía la vida del gran médico.

Pensaba que el astro debía de penetrar dentro del hombre para que su luz (¿energía?) le dotase de conocimiento y sabiduría.

En otro orden de cosas, hablar en el siglo XVI de una botánica oculta, debemos trasponerlo a nuestro tiempo como una botánica desconocida, es decir, en su misterioso poder curativo sobre el hombre tanto en su cuerpo como en su psique.

En su obra Paracélsica, Jung encuentra en él al precursor de la medicina química. Sin embargo, se debería de ampliar como el precursor del pensamiento científico.



No olvidemos que estamos en ese emocionante siglo que dará lugar a que posteriormente y después de las leyes empíricas de Kepler, en la siguiente centuria, Galileo rescate definitivamente los principios físicos de la especulación no experimental y mucho menos de la Teología. Es el siglo de los astros y por ese extraño paralelismo que siempre aparece de lo que está arriba y lo que está abajo, la obsesión de Paracelso es el astro interior que tiene cada hombre para lograr su transformación. Esto, que en principio no parece muy científico, Paracelso lo tiene muy claro, pues en todo momento distingue y discrimina la dicotomía que todos llevamos dentro entre la Física y la Mística. Es decir, citándole a él “hay dos sabidurías en este mundo, una eterna y otra mortal. La eterna surge de la luz del Espíritu Santo sin mediación, la otra de la luz de la Naturaleza también sin mediación”.

Ello le hubiera originado en esa dura época religiosa seguir el mismo camino inquisitorial que sus coetáneos, pero concluye conciliadoramente (sagazmente diríamos) diciendo que las dos convergen en un mismo punto que es Dios.

Podemos achacar a Paracelso que creyera en la posibilidad de convertir el plomo en oro, pero ese Paracelso alquimista, utiliza los beneficios de su experiencia alquímica para trasladarlos a la farmacopea. Por ello y gracias a esa intervención dentro del mundo alquímico, Paracelso confeccionó cantidad de lo que hoy denominaríamos medicamentos para curar y aliviar a los enfermos que trataba. Luego aun creyente de la alquimia como transformadora interior del hombre, Para-

celso cuando hace un producto farmacéutico, lo hace basado en la experiencia química.

Además, sus obras rebosan de una rigurosidad aplastante. Cuando vemos cómo clasifica las plantas y sus propiedades, especialmente las curativas sobre el hombre y animales, nos parece que sintoniza con el padre de la ciencia o del pensamiento científico que es a nuestro entender Aristóteles.

Como un prologuista nunca debe anticipar las ideas de un autor, finalizaremos diciendo que no es profético sentir que el siglo XXI reconocerá a Paracelso, la altura científica que el siglo XX le negó.

Que Paracelso creía en la transmutación de los metales, ... en el siglo XX se hizo. Que creía en el homúnculo, ... y ¿qué son los experimentos del siglo XXI en el ADN?

¿Y su pensamiento astrológico? ¿Acaso no sabemos en siglo XXI que todos nacemos predeterminados por nuestro ADN?

Dejemos esta estéril discusión propia del siglo XX entre místicos y escépticos y acabemos el discurso dando paso a lo realmente importante, el poema dramático, como hacían los griegos.

De la mano de Dolors, no nos perderemos.

¿Será que Paracelso es el paradigma de lo que un hombre de ciencia debería ser hoy?

El lector se contestará leyendo las líneas siguientes.

**Miguel Alvarez Garós**

Físico

En Zaragoza, a 29 de septiembre de 2007,  
festividad del Arcángel San Miguel.



**A**L MUY HONORABLE ALBERT BASA.  
TEOFASTRO LE ENVÍA SUS SALUDOS.

Lamento vuestro enojo y transformo los cuchillos que, con forma de letras, me enviáis en livianos alfileres que aunque han rozado mi ánimo no han podido ulcerarlo. Tan agusanado tengo el temple que ni una caballería entera despotricando injurias sobre mi persona podría empeorar mi sentir. Ante todo, sabed que os guardo aprecio, pero, amigo, estoy cansado. Cargo sobre mi espalda la cruz de una vida de lucha y tesón, de peleas, de huidas, de discusiones, de blasfemias, ¿acaso sólo para aguardar la muerte?

Hoy, 21 de septiembre de 1541, vigilia de San Mateo, he mandado llamar al ilustre Hans Kalbsohr, notario de esta villa, para que tuviera a bien dejar constancia de mis últimas voluntades. Poco poseo, pues de bienes terrenales quiso Dios privarme, tal vez con intención de devolver a mis huesos su pobreza originaria. Las pocas monedas que tintineaban en mi bolsa ya han sido entregadas, las repartirán entre los pobres mientras los salmos uno, siete y treinta, sean entonados en la iglesia. Doce florines he legado a Miguel Setznagel, ejecutor de mis últimas voluntades, diez a mi primo materno. Mis instrumentos de cirujano, así como todos los remedios que poseo, he ordenado sean entregados a los barberos de Salzburgo. Eso es todo. Juzgad vos la cuantía de mis riquezas, o mejor, de mis carencias.

Os cuestionaréis por qué os cuento esta sarta de miserias. Podéis preguntaros y preguntaros..., mas no encontraréis respuesta que sacie vuestra inquietud, ni yo mismo sé por qué os relato estos desdichados avatares.

A mi derecha, tengo el opúsculo que estoy escribiendo. Trata sobre la Santísima Trinidad y sus misterios. Quisiera concluirlo en breve y buscar algún impresor católico que tuviera a bien imprimirlo. Ya sabéis, media vida la he pasado escribiendo, la otra mitad aprendiendo y, ¿para qué? Para encontrarme en estas horas solo, sentado bajo el techo de una humilde posada, pues ni de casa propia gozo.

Tuve, sí, es cierto. Tuve y disfruté de la morada de mis padres, en la villa de Einsiedeln<sup>1</sup>, y crecí en la mayor de las miserias, sin poder hacer jamás lo que me apetecía. ¿Qué importancia tiene eso para un niño, pensaréis? Al fin y al cabo, vos os debisteis de criar en la más suntuosa opulencia, y diréis: *Teofastro está loco, loco o endemoniado, como lo estuvo su madre.* ¡Santo cielo, qué cruel puede ser la boca de un hombre que habla sin causa sólo para herir cual lengua de serpiente emponzoñada! Los locos no son demonios, son enfermos contagiados del mundo invisible. No les vemos sangrar ni postularse sus heridas. Son dolientes, no demonios. Grito y gritaré que donde se encuentre un loco ha de acudir un médico y no una sarta de comediantes que hacen burlas a su alrededor. ¿Quién está más loco, el que ríe o el enfermo que llora?

---

1. Suiza.

Mi madre también lloró. Escuché muchas noches su llanto entremezclarse con su risa. Tenía el rostro más hermoso que mujer alguna haya lucido. Grácil de cuerpo, curiosa de modales, de voz dulce, aún puedo ver su sonrisa. Tal vez si en mi vida se hubiera cruzado una mujer, no igual, tan sólo parecida, tal vez..., tal vez no hubiera guardado la castidad como clérigo sin tonsura. Y por abogar por la pureza, alejándome y suplicando a Dios que me preservara de todo tipo de lujuria, ya veis, me han llamado eunuco, castrado, inútil, impotente y mil barbaridades más.

Puercos envidiosos que sabiéndose incapaces de igualar la valía de mi arte han querido despreciarme, pero yo soy Teofastro, *monarcha medicorum*, y puedo demostrar lo que ellos no pueden. Caiga sobre mis enemigos un castigo divino tras mi muerte, que les persiga mi alma y defienda Dios mi causa según la justicia. Escrito está que el que concibe maldad pare al fraude. Yo no he engañado. Cuanto sé lo dejo escrito. Lo que omito lo guardo celosamente en mi interior por respeto al maestro que me dio la enseñanza y exigió mi silencio. Pero también digo que nada hay tan secreto que no pueda ser aparente, que el que busca, encuentra; y al que llama le son abiertas las puertas.

He perdido la salud pidiendo aprender. Nunca escatimé esfuerzos para mejorar mi arte. De aquí allá fui con el único propósito de enriquecer mi sabiduría. La ciencia me hizo rico en saber, los hombres pobre en dinero. Me río..., sí, me río al recordar que ha existido quien ha valorado su vida en un plato de sopa y aún al dármelo ha menguado la ración.

¡Miseros ignorantes! No saben percatarse de que el mayor bien del hombre es la salud. Si yo les ayudé a combatir espada con espada a la muerte, decidme vos, ¿qué clase de personas son las que, tras guerrear con la más terrible de las plagas, niegan los honorarios a aquél que ha velado sus noches haciendo guardia para que la intrusa no pudiera sorprenderlos?

¿Y los clérigos...?, ¿qué decir de ellos? Han sido los que más y peores engaños han cernido sobre mi persona. Me mandaron llamar cuando los tontos eruditos ya no sabían qué hacer para restablecer sus fuerzas. Entonces no dudaron en ofrecerme fortuna, posición o cuanto yo quisiera. Los asistí, viví bajo su techo para restablecerles y en cuanto la flojera desapareció..., ¡qué lástima!, recordaron que su curación era el prodigio de sus ruegos y plegarias, no de mis remedios. Existió un canónigo<sup>2</sup> que, a cara descubierta, sin ningún tipo de reparo, tuvo el atrevimiento suficiente para decirme que mis pócimas y mi trabajo no valían más de seis florines cuando en su día prometió entregarme cien si sanaba su carne. Guárdese mi espíritu de contagiarse de tales bajezas, pues jamás he faltado a mis deudas. Rico o pobre, he sabido hacer frente a mi palabra.

Testigos son de cuanto asevero mis bien queridos *com-bibones*, a los que pagué tragos y ellos me correspondieron con jarras rebosantes de vino. Y..., ya sé, ya sé, que en la distancia censuráis mi amor por tal efluvio, pero, sabed, señor, que el

---

2. Se refiere a Cornelius von Liechtenels



espíritu del vino es una gran esencia y que el problema no es tomar, sino saberlo digerir, porque como toda materia tiene una parte de Dios y otra del diablo, e igual que mata cura, lo mismo enerva que hunde; puede embriagar o devolver la sobriedad, pues no son pocas las veces que el borracho dice más verdades que el sereno.

No he tenido mujeres a quienes manosear sus posaderas. Las hembras siempre me han dejado indiferente. Que me llamen capón, que se inventen patrañas..., no son más que una colección de necios que sucumben ante la primera tentación diabólica que se les presenta. Se llaman a sí mismos *hombres*. Preñan a cuantas mujeres pueden, plagando el mundo de bastardos. Dicen que es hombría, pero yo digo que es animalada, pues la razón que Dios entregó al hombre para convertirlo en persona no cuelga de entre las piernas, no embaraza a muchachas ni las desgracia de por vida, sino que procrea en sabiduría. Es el espíritu el que se engorda, no las tripas. A eso, señor mío, debe llamarse ciencia y los que no la poseen por más que les cuelguen rabos, no son otra cosa sino necios.

Me exalto..., ¿mas qué? ¿Acaso importa? Nadie puede hacerme ya más daño. En el futuro hablarán de mí, allá donde se encuentren sus almas deberán sufrir al ver cómo mis enseñanzas son aprendidas por los nuevos médicos. Su Avicena y su Galeno se pudrirán en el oscurantismo del que nunca debieron salir. ¿Hay algún erudito, con toga roja, cubierto con amplio sombrero de piel, que deambule por las

calles detrás de un criado presumiendo de su supuesto saber médico, que merezca la confianza de un enfermo si ni siquiera quiere verlo? ¿Por qué diagnostican sin conocer los rasgos de la enfermedad? ¿Cómo pueden ser tan ciegos? ¿Cómo puede la medicina hallarse en tan penoso estado de desamparo? La razón está en los lazos que estrechan sus mentes, en las obras de tan menguada utilidad que se obstinan en aprender como versos proféticos y que no dejan de ser más que un conjunto de adivinanzas. Riámonos de sus estupideces. Esculapios modernos que absorben las falacias de romanos como oráculos de Apolo. Y a vos, que presto solicitáis de mis servicios, aun cuando, ya una vez, hace años, rehusé atender a vuestro rey. Vos que también os llamáis médico, sin duda, creéis que las enfermedades son calientes o frías. Aplicáis paños cuando lo necesario son unguentos. Prescribís sangrías aunque el paciente lo que necesite sea hierro. ¿Pensáis que en el hombre hay cuatro humores y que las heridas se curan con estiércol de vaca? A vos os digo, si de verdad deseáis llamaros médico con razón de causa, abrid los ojos y mirad. La luz de Dios se refleja en la naturaleza, ahí está el verdadero conocimiento. Aún podéis aprender, yo, si queréis, puedo enseñaros. Sólo es preciso que mostréis lealtad y respeto por mi arte, y os hablaré de él. ¿Queréis aprenderlo? ¿Deseáis convertirlos en un hombre sabio que abraza la verdad? No, qué estupideces pregunto. Vos no deseáis ser como yo. En el fondo, todos los medicuchos sois iguales. Recurrís a Paracelso, queréis robarme mis tratamientos, despotricáis de mis libros, espiáis mis curas, pero os negáis a admitir que yo piso la verdadera senda científica, mientras vosotros os hundís en el fango.

Tal vez debería rasgar esta papel y encabezar una nueva carta, mucho más comedida y menos rencorosa; o, quizá fuera oportuno fingir que vuestra nota se extravió y que estos ojos jamás leyeron las letras que escribisteis. Bien pensado, lo más prudente sería dirigiros unas rayas excusándome con el respeto que una persona de vuestro rango y condición merece. Pero nunca he gozado del don de la prudencia.

El Señor me hizo diferente a esa masa de deshollinadores embaucadores que confunden las medicinas con la mierda de cerdo corrompida y que se hacen llamar doctores en medicina porque en una Universidad leyeron libros. ¡Dios, qué estúpidos son los hombres y qué necia es la ciencia que denomina saber a la lectura y ciega los ojos de los discípulos con hojas de papel en las que dicen está impreso el conocimiento! ¿Cuándo escribió Dios?, decídmelo vos que sois un hombre culto. Dios creó, mas no escribió, dio a los hombres la vista para que miraran su obra. Ahí está la luz, en la naturaleza, no en los libros que repiten los equívocos de un árabe y las inmundicias de un romano. Yo quemé el *Canon* de Avicena<sup>3</sup>, sí, vi cómo ardía una noche de San Juan, y no sabéis el bien que me hicieron aquellas llamas. El fuego todo lo sana. Hay que regenerar la medicina. Decid a los decanos que hagan una pira con las obras de Galeno y Avicena, y en las bibliotecas de vuestro país llenad los huecos con mis libros. Porque yo soy Paracelso, y tarde o temprano en el mundo entero se reconocerá mi saber. Ellos están equivocados. La historia adornará mi nombre con los atributos que merezco.

---

3. El 24 de junio de 1527, en la ciudad de Basilea, Paracelso quema la obra médica de Avicena.

Estoy furioso e indignado. No puedo reprimir la ira al ver cómo la ignorancia se ceba a mi alrededor. ¿Qué ha de hacer un hombre para que le escuchen? He curado heridas, lepra, podagra, hidropesía y enfermedades que los demás médicos no sabían tratar, y dicen que no soy doctor, aducen que ninguna Universidad me ha dado diploma alguno, y por tan poca cosa repudian mi persona y mis trabajos, pero, al igual que vos, acuden a mí cuando el mal ha hecho tal estrago en el enfermo que la muerte se halla instalada en la cabecera de su lecho. Puedo asistir al doliente, cierto es, pues no ha nacido hombre que no sea merecedor de un tratamiento químico. A mí me da igual que el mal se asiente en una carne pobre o rica. Pero el que no tiene agradece. El pudiente usurpa. Ahí está la diferencia. He sanado a ricos que no han querido pagarme y a pobres que me han regalado la única gallina que tenían. No me niego a ir en ayuda de ese alto mandatario que nombráis. No, no me niego, simplemente no quiero. Me ofrecéis una gran fortuna que ya no me interesa. Años atrás habría cabalgado noches enteras para acudir en su socorro, mas hoy, ya veis, os escribo con la altivez que toda mi vida me ha caracterizado, para deciros que Paracelso, doctor en ambas medicinas, ignora vuestra súplica, y se reitera en su firme voluntad de no asistir a vuestro enfermo.

Acaece la fatiga sobre mis hombros. No sé cómo impedir que la vista se me nuble, dispongo la mano temblorosa sobre este pliego, los rasgos que imprimo con la pluma basculan como si les atrajera más el aire que nos envuelve que el papel. Estoy enfermo, lo sé, y ni mi querido láudano puede hacerme

recuperar la alegría. Al menos, yo mismo experimento el soberbio prodigio de este fármaco. No adolezco, sólo peno.

Siento próxima la visita de la muerte. Aunque no veo su forma, puedo percibir su envoltura. Se acabó el verano, llega la nieve a mi vida. El frío atravesará la piel, mi cuerpo quedará rígido, entonces podré conocer los misterios que se ocultan tras el velo de la muerte. No la temo, ¿por qué oscura razón iba a rehusar su compañía? La muerte es inherente a la vida. La muerte aguarda en cada esquina. El lugar de mi resurrección está marcado.

He descansado un rato. No sé ni la hora exacta en que estoy viviendo. Han llamado a mi puerta para traerme comida, la he rechazado. Ni el mejor manjar solivianta mis fuerzas. Sólo el vino, viejo compañero de tertulias, risas, jaranas y alegrías, es capaz de devolver el aliento a mi boca. Lo he tomado con verdadera devoción, aun cuando mis brazos apenas podían sostener la jarra. Poco a poco vuelvo a ser yo. *¿Por qué ser otro cuando uno puede ser uno mismo?* Torpeza la del hombre que aspira la sombra de sus semejantes y repudia la propia. Yo soy Teofastro, Paracelso para muchos, Cacofrastró para los envidiosos..., *monarca medicorum* a quien los decanos no quisieron darle un título académico. Rudo, porque nací en el bosque. De andar entre los abetos y los pinos debieron de pegármese algunos nudos.

Despierto de un corto sueño en el que he visto a mis padres. Sé que aguardan mi llegada. Pronto estaré a su lado.